

Especificidad de una teoría psicoanalítica de la memoria*

Christian Delourmel

Resumen

En esta segunda conferencia el autor defiende una radical heterogeneidad conceptual entre el acercamiento psicoanalítico de la memoria y del inconsciente y los acercamientos de otras ciencias. En esta línea, reflexiona sobre la tendencia actual de ciertos autores a reinterpretar los conceptos psicoanalíticos asimilándolos a los modelos neurofisiológicos. Delourmel denuncia el reduccionismo que supone intentar localizar el psiquismo inconsciente y/o la memoria inconsciente en el cerebro, y así buscar establecer un puente conceptual permitiendo asimilar los modelos de funcionamiento psíquico a los modelos de la neurobiología. Al mismo tiempo destaca la complejidad del concepto de memoria en la obra de Freud, señalando que Freud solamente recurre a metáforas de la física de su tiempo como soporte provisional para poder acercarse a lo desconocido, quedar sobre el terreno psicológico, y apartar la noción de localización, para continuar pensando sobre el concepto de memoria en la complejidad.

Introducción

En su libro *Las razones de lo irracional*, Michel Neyraut, en el capítulo 9 titulado «La memoria inconsciente como límite epistemológico», sienta las bases para una reflexión sobre la especificidad de una teoría psicoanalítica de la memoria. Si, como dice Freud, «en la vida del alma, nada de lo que una vez fue formado puede desaparecer, todo se encuentra conservado de un modo u otro», y si, como recuerda Michel Neyraut, «la teoría de las huellas mnémicas implica necesariamente un soporte orgánico», la consideración de la «represión originaria que funda las condiciones de una memoria inconsciente», supone por este mismo hecho un *límite epistemológico*. Un límite que ciñe el campo del psicoanálisis y engendra una concepción radicalmente heterogénea entre el enfoque psicoanalítico del inconsciente y de la memoria con los otros enfoques.

Por su parte, y con razón, la biología reivindica, en tanto que ciencia de lo viviente, el mismo derecho a la especificidad de su enfoque de la memoria: «La memoria biológica —dice Edelman—, no es una copia definida, una huella que habría sido codificada para representar su objeto, no proviene de la acumulación de atributos codificados, fijos, llamados y reunidos de manera repetida, como es el caso de un ordenador... es una propiedad dinámica de las agrupaciones neuronales, resultante de un proceso de continua recategorización» poniendo en juego la actividad global del cerebro, mientras que en los ordenadores, «la memoria depende de las especificaciones y del almacenamiento de los bits de información codificada». No es posible más que interesarse y sensibilizarse por su modelo dinámico, igual que por un buen número de sus reflexiones sobre la ciencia: «El espíritu es un proceso, no una sustancia, la materia misma puede ser considerada como el resultado de procesos de intercambio de energía; la ciencia moderna ha redefinido la materia en términos de procesos». Y también por esta observación en la cual denuncia la tendencia a «asimilar, sin razón, una de las bases fisiológicas de la memoria —las modificaciones sinápticas— a la memoria misma». Este biólogo riguroso, que dedica su libro *Biología de la conciencia*, a «la memoria de dos pioneros intelectuales, Charles Darwin y Sigmund Freud», añade esta frase: «cuanto más tenemos de ciencia, más tenemos de pena». La pena que engendra todo pensamiento teorizante que se despliegue en la *complejidad*; la pena que procura evitar el reduccionismo en la ciencia.

Hoy me propongo continuar la reflexión que hemos iniciado estos últimos meses sobre relaciones del psicoanálisis con otras ciencias interrogando la tentativa de búsqueda de una localización cerebral de la memoria inconsciente (Mauro Mancía) y el establecimiento de un puente conceptual entre el psicoanálisis y la neurobiología a través de la utilización del concepto de «plasticidad neuronal» por François Ansermet y Pierre Magistretti, con relación al pensamiento freudiano de la memoria.

La complejidad del pensamiento freudiano

A lo largo de la sesión de trabajo en que discutimos la conferencia de Mauro Mancia y en que reflexionamos sobre el reduccionismo de su manera de pensar basada en un concepto localizador del psiquismo inconsciente en el cerebro, había intentado mostrar cómo el conjunto de su argumentación se desarrollaba en un movimiento inverso al del pensamiento de Freud basado en un esfuerzo constante de apartarse de lo concreto del cerebro. Un esfuerzo de distanciamiento inaugurado en su libro sobre la afasia, en el que la finalidad principal, explicitada por Freud, era «separar tanto como sea posible el punto de vista psicológico del anatómico», para avanzar una concepción funcional del lenguaje liberado de las limitaciones del modelo anatómico. Algunos años más tarde, en el *Proyecto*, Freud parece volver a la localización cerebral que denunciaba poco antes. He dicho «parece», porque, en lo que concierne a la memoria, la primera formulación teórica que Freud avanza en este texto no se limita al modelo neuropsicológico de las primeras páginas. Retomaré el tema más tarde. Sea como sea, este retorno provisional y parcial al modelo anatómico le permitirá volver a insistir y reactivar las cosas en *La interpretación de los sueños*. Resultará de esto un nuevo modelo de psiquismo que, aunque guardando rastros del *Proyecto* —testimonio de procesos recurrentes organizativos del pensamiento de Freud— ha sufrido una mutación al tomar en cuenta la represión y la sexualidad y gracias a eso se inscribe en un corte epistemológico radical con el modelo del psiquismo anticipado en el *Proyecto*. Las trazas del modelo localizador se reencontrarán en la concepción sistémica de la primera tópica y en la orientación genético-evolutiva de esta época (por ejemplo, las fases libidinales). Y allí también asistiremos a un nuevo relanzamiento conceptual que prolonga el abandono del postulado de la doble inscripción, del que resultará la complejidad del psiquismo segunda tópica, esta vez un modelo totalmente liberado del apoyo localizador que sostenía el edificio de la primera tópica, abriendo las puertas a una metapsicología, ya no sistémica, sino procesual y transformacional. Esta es la misma tensión dialógica que reaparecerá en el movimiento de retroceso sobre la «roca de lo biológico» (*Análisis terminable e interminable*), donde su pensamiento, reflejándose sobre la concreción de esta idea, encontrará un apoyo provisional para recobrase, y, potenciado por esta sístole conceptual

provisional, resurgir en la reactivación diastólica de *Construcciones en el análisis*. Esta reactivación, al refractarse sobre el giro de 1920, abrirá un espacio en el que se desplegarán las corrientes de pensamiento del psicoanálisis contemporáneo que no han renunciado a la complejidad del *pensamiento freudiano*.

La obra de Freud está salpicada de numerosos momentos teóricos sobre la memoria. En el primer capítulo del *Proyecto* consagra algunas líneas a la memoria, en las que el principio teórico será el concepto de huella mnémica. Pero, como contrapunto de esta primera forma conceptual de la huella, saturada por el modelo neuropsicológico, Freud sienta, con el caso «Emma» (segundo capítulo del *Proyecto*) los fundamentos de un modelo de la memoria y de la temporalidad específicamente psicoanalíticas mediante la introducción de los conceptos de represión y de *après-coup*. ¿Qué modelo neurobiológico de la memoria podría integrar estas observaciones de Freud, de 1896? «el traumatismo infantil actúa *après-coup* como una experiencia nueva, pero de forma inconsciente», o incluso:

la representación de contenido sexual provoca procesos de excitación en los órganos genitales parecidos a aquellos que provienen de la experiencia misma. Como regla general, el efecto correspondiente es mucho más fuerte durante la experiencia que durante la rememoración. Pero cuando la experiencia sexual llega en la época de la inmadurez sexual y su recuerdo se despierta durante o después de la época de la maduración, entonces, el recuerdo actúa como una excitación incomparablemente más fuerte que la que pudo despertar en su día la experiencia. Es esta relación inversa entre la experiencia real y el recuerdo la que parece ocultar la condición psicológica mediante una represión. (*Nuevas puntualizaciones sobre las neropsicosis de defensa*).

En el *Proyecto* hay un momento teórico intermedio que permite seguir el paso del «momento neurofisiológico» de la memoria al «momento conceptual psicoanalítico» del caso «Emma». En efecto, desde las primeras páginas de este texto, Freud relaciona la huella mnémica, de la que acaba de esbozar un modelo neurofisiológico, con las dos grandes experiencias prototípicas del psiquismo naciente, «la experiencia de satisfacción» a partir de la que teorizará su modelo de organización alucinatoria del deseo, y «la experiencia de dolor», a partir de la que teorizará su primer modelo del afecto. Esta puesta en perspectiva de su primer modelo de huella mnémica según la organización

alucinatoria del deseo y la experiencia del dolor —y las nociones de investidura y desinvestidura— desemboca en una concepción psicoanalítica de la huella independiente del modelo sináptico. En efecto, estas dos experiencias, dice Freud, dejarán huellas en forma de «fuerzas motivadoras» que marcan el psiquismo naciente con movimientos de atracción y repulsión: «estos dos procesos, (la alucinación de la satisfacción y del sufrimiento) nos muestran que se ha formado en *psi* una instancia, la de un cierto estado de *psi*, tenemos aquí una atracción y una defensa primaria». Freud nos habla aquí de una matriz procesual de la vida psíquica marcando y fundando el tejido psíquico naciendo por el movimiento mismo de estas fuerzas motivadoras y construyendo la base de experiencias futuras. Nos habla de un precipitado procesual de experiencias vividas en contacto con el objeto primordial cuya huella sería «un cierto estado de *psi*», marca de la organización del psiquismo bajo el efecto de la contradicción de una tendencia a la investidura y de una tendencia a la desinvestidura. Organización procesual contradictoria del psiquismo en el que la memoria residiría, en *après-coup*, en una potencialidad de imbricación, una fuerza respecto de estas tendencias en el funcionamiento mental; potencialidad de imbricación y fuerza cuya singularidad y originalidad dependerían de la cualidad de esas experiencias.

Se encuentra la misma tensión dialógica en la carta 52 en la que, partiendo de la concepción neurofisiológica de la triple inscripción, Freud avanza, en contrapunto, una perspectiva procesual y transformacional evocando las diferentes modalidades de enlaces que caracterizan la huella perceptiva, la huella inconsciente y la huella preconscious. Oposición que se encuentra en *La interpretación de los sueños* entre la memoria, concebida como resultante de la «transformación de la excitación momentánea del sistema perceptivo en huellas duraderas», y la memoria concebida como un precipitado de enlaces: «de las percepciones que actúan sobre el sistema P conservamos otra cosa aparte del contenido. Nuestras percepciones se unen unas a otras en nuestra memoria. Esto es a lo que llamamos asociación. Por tanto, más bien necesitamos buscar el fundamento de la asociación en los sistemas de recuerdos».

Es de este movimiento de alejamiento de una concepción localizadora neurofisiológica de la memoria, en esta libertad de pensar de Freud aceptando moverse en estas cuestiones oscuras sin recurrir al apoyo tranquilizador y falsamente

clarificador para el psiquismo que son la anatomía y la fisiología del cerebro, que emergerá una hipótesis superior: la de la función de memoria de la alucinación y del sueño. Este hilo teórico recorrerá, fecundándola, la obra freudiana hasta *Construcciones en el análisis*.

Como recordaba Sara Botella en su conferencia en el último coloquio franco-argentino, Freud propuso muy pronto conferir al *soñar* una función de rememoración de acontecimientos precoces. Me parece útil recordar aquí dos citas de Freud utilizadas por Sara Botella. La primera: «El carácter general de la alucinación es ser el retorno de un acontecimiento olvidado en los primeros años en una época en la que el niño apenas sabía hablar» (1986). La segunda: «las experiencias más antiguas vividas en la infancia no se pueden conocer como tales sino que son reemplazadas en el análisis por transferencias y sueños. ¿Soñar no es también recordar? Por este retorno en los sueños me explico que se forme poco a poco en los pacientes una convicción acerca de la realidad de las escenas originarias, convicción que no cede en nada a la fundada sobre el recuerdo» (1900)... ¡He aquí la convicción!

Todos estos diseños conceptuales dispersos y contradictorios convergerán en un *après-coup* teórico y se condensarán en un concepto mutativo: el *recuerdo encubridor*. En este concepto —que emerge de la diferencia dialógica mantenida entre estas primeras formas conceptuales todavía englobadas dentro del modelo anatómico y el esbozo de formas conceptuales elaboradas en función de la represión y de la sexualidad psíquica— se ve el trabajo psíquico, en juego en el recuerdo, cargarse de la complejidad del trabajo del sueño. «El recuerdo encubridor debe su valor para la memoria no a su propio contenido, sino a la relación entre este contenido y otro contenido suprimido... El recuerdo encubridor es retrógrado o anticipador según que sea una u otra la relación temporal que se establece entre lo que hace de pantalla y lo que está oculto». Y luego esta observación «el material de huella mnémica a partir de cuál ha sido forjado [el recuerdo encubridor] permanece en nosotros desconocido en su forma originaria». De nuevo aquí, no podemos más que tomar nota del hiato entre este concepto específicamente psicoanalítico y los modelos neurobiológicos de la memoria.

En 1914, en el movimiento mismo donde sienta las bases de una concepción sistémica del psiquismo, Freud relativiza al mismo tiempo que desarrolla (*Lo inconsciente*) una crítica del

postulado de la doble inscripción, teoría íntimamente ligada a la concepción sistémica de la primera tópica y a la perspectiva genético-evolutiva en la que se inscribe esta concepción tópica del psiquismo. Liberando así, de nuevo, su proceso de pensamiento de la atracción del modelo localizador, Freud no se contentará con elaborar los conceptos de representación de cosa y de palabra. Esta renuncia abocará, en un *après-coup* revolucionario, a la mutación de la segunda tópica. Igualmente, esta renuncia conducirá a Freud a comenzar una nueva concepción de la rememoración, pero esta vez relacionada con la transferencia. La reactivación de la concepción de esta nueva modalidad de rememoración que es la actuación repetitiva que le hizo oponer reproducción transferencial y rememoración, avanzada en el marco de la primera tópica y en relación a la represión, encontrará una prolongación en la apertura de 1920, prolongación que le condujo a concebir el anclaje de la compulsión de repetición en un más allá de lo representacional, en el corazón mismo de las formas incoativas de la pulsión y de su tendencia a la descarga. Envalentonado sin duda por sus descubrimientos, Freud se sumerge en la opacidad de la filogénesis para preguntarse por la memoria de la especie en relación con el afecto, en un movimiento de *recursividad* audaz sobre sus trabajos acerca de la histeria: «Los estados de afecto son incorporados a la vida psíquica a título de sedimentos de sucesos traumáticos muy antiguos, recordados en situaciones análogas como símbolos mnésicos». Y añade: «pienso que no he errado en asimilarlos a los accesos histéricos, que se manifiestan más tarde y son adquiridos individualmente, y en considerarlos como sus prototipos en el dominio de lo normal» (*Inhibición, síntoma y angustia*).

Puede ser que, presa de vértigo al enfrentarse a la inmensidad del campo abierto, Freud volviera dos años más tarde al modelo neurofisiológico tranquilizador del *Proyecto* (*Nota sobre la «pizarra mágica»*) pero para librarse enseguida de ello. A través de su evocación de un documento escrito para paliar las insuficiencias de la memoria, lo que le conduce a la metáfora de la «pizarra mágica», Freud comienza su artículo hablando de inscripción, de superficie material receptora, de huella mnémica duradera: «la superficie que conserva esta inscripción —pizarra u hoja— es una materialización del aparato de la memoria, de otra forma invisible en mí (señalemos la invisibilidad). Por poco que sepa el lugar en el que se guarda el recuerdo así fijado, puedo

reproducirlo según mi deseo, seguro de que no está modificado». Pero estas dos metáforas, la de la inscripción de huellas duraderas en una superficie material, donde encontramos el eco de la memoria-archivo de los *Estudios sobre la histeria*, y la de una pizarra mágica, donde encontramos el eco de una concepción tópica, van a ser reemplazadas al final del texto por referencias a las nociones de investiduras periódicas, «movimiento discontinuo que funda la constitución de la representación del tiempo», es decir, por una concepción dinámica, procesual del «aparato de memoria».

Estas consideraciones, refractándose sobre las desarrolladas en 1914 con relación a la transferencia, y en 1920 con relación a la neurosis traumática y al juego de la bobina, formarán el precipitado de una nueva noción de la memoria, esta vez totalmente concebida en la perspectiva de la cura, en la dinámica transferencia/contratransferencia (*Construcciones en el análisis*). En este artículo, Freud constata que la vuelta de un pasado precoz se hace a menudo en un cortocircuito de la vía habitual (la de la rememoración en forma de recuerdo representado), y se actualiza «por la repetición de reacciones que se remontan a las primeras edades», y, a veces, también en forma de *flash* casi alucinatorio. En este artículo, donde se puede oír el eco de su propuesta de 1896, Freud hace una constatación que le lleva a considerar «la otra parte del trabajo, la acción del analista relegado (hasta aquí) al segundo plano», abriendo todo un campo de cuestiones sobre los medios de acceso en análisis a un más allá de lo representacional, a huellas no representables, no rememorables de una época donde «el niño apenas sabía hablar», a «una memoria amnésica» (Green), a «una memoria sin recuerdos» (Botella). Este cuestionamiento de Freud, que anunciaba el fin inminente del levantamiento de la amnesia infantil como primera finalidad del análisis, abría un nuevo campo de reflexiones sobre la memoria, con la vuelta con fuerza de la convicción que confiere a la construcción «un efecto de verdad que desde el punto de vista terapéutico tiene el mismo efecto que un recuerdo reencontrado».

Reencontramos esta fértil tensión dialógica en la lengua. César Botella señala, en su conferencia en la Société Psychanalytique de Paris de septiembre de 2005, la oposición entre los dos términos utilizados por Freud para evocar la huella: *Erinnerungspur*, cuya traducción es «huella mnémica», con su connotación neurofisiológica, y

Gedächtnisspur, cuya traducción es «huella memorial», siendo éste último término más apto, como señala César Botella, para sostener, dada su connotación procesual, la conceptualización de una «memoria memorizable organizada en recuerdos que cambiarán radicalmente la economía psíquica».

En este breve repaso de algunos momentos teóricos de la memoria en la obra de Freud, mi objetivo era mostrar sobre todo como «el valor del concepto de memoria, o más exactamente la manera en la que se constituyó este concepto en el trayecto freudiano, está unido a la naturaleza del pensamiento psicoanalítico» (Green, a propósito de la identificación). He intentado mostrar cómo «la misma noción toma sentidos diferentes, incluso opuestos, a medida de su desarrollo», cómo «las diferenciaciones a las que procede esta noción obligan a modificar el significado precedente, a tomar un sentido contrario al que tenía hasta ahí, siempre conservando algo del sentido que la evolución le forzó a abandonar» (Green). Es decir, cómo accede la memoria en la obra de Freud a un verdadero estatus de concepto psicoanalítico al aceptar «afrontar las contradicciones sin intentar deshacerse de ellas» (Morin), una aceptación que se apoya en su esfuerzo de autonomización conceptual respecto a la anatomía y a la fisiología del cerebro. Un esfuerzo que permite a Freud mantener su proceso teorizante sobre la memoria a este *metanivel* en que se «deja atrás la contradicción sin negarla». Como apuntaba César Botella en su conferencia, Freud posiblemente jamás estableció una teoría de la memoria para preservar todo el potencial de complejidad de este concepto. Porque sin duda, como dice Botella, Freud había notado implícitamente que «la memoria no es más que la parte visible de un proceso muy complejo». Bajo esta perspectiva podemos comprender mejor la importancia que tienen para Freud los préstamos de metáforas que para sus elaboraciones toma de la física de su tiempo. Estas metáforas, que sirven de «representaciones intermediarias que nos permiten acercarnos a un hecho desconocido», y apoyarnos en ellas permite, como dice él mismo, permanecer «sobre el terreno psicológico, separándose de la noción de localización anatómica», le ofrecieron un soporte provisional para continuar manteniendo este concepto en una cierta indeterminación y una cierta falta de conclusión, es decir, para continuar pensando sobre ello en la *complejidad*.

En contrapunto de la complejidad freudiana, ¿cuál es el *quid* de la corriente neuropsicoanalítica?

El modelo neurofisiológico de la huella mnémica avanzado por Freud en el *Proyecto* sirve a menudo de aval psicoanalítico a los autores que apelan a los modelos neurobiológicos para *modernizar* el modelo freudiano de la memoria y del inconsciente según el patrón de los avances actuales de la neurobiología. Un modelo parcial, del que hemos visto que sólo tomaba su verdadero sentido en la dinámica de pensamiento de Freud y en la globalidad del concepto. El aislamiento artificial de este momento teórico parcial de su conjunto traiciona su verdadera naturaleza y anula la complejidad del concepto de memoria en la obra de Freud. Este proceso de fetichización compromete al pensamiento en un movimiento inverso al de Freud y en su retorno a la anatomía y la fisiología del cerebro se vuelve al punto de partida del mismo Freud y se desemboca en un aplastamiento del espacio conceptual específico del psicoanálisis. Es a este reduccionismo al que desemboca Mauro Mancia con su tentativa de establecer un puente conceptual entre el psicoanálisis y la neurobiología que le conduce a la hipótesis de una «localización anatómica para las funciones inconscientes del espíritu», y a la idea según la cual «el inconsciente estaría localizado anatómicamente en los circuitos corticales y sub-corticales, (mientras que) las áreas parieto-tempo-occipitales serían el depósito de la memoria implícita a través de las palabras». El itinerario de François Ansermet y Pierre Magistretti (véase su libro *A cada cuál su cerebro*) desemboca en la misma reducción de la complejidad del pensamiento analítico; ambos autores apuntan a establecer, con ayuda del concepto de plasticidad neuronal, un puente conceptual entre el psicoanálisis y la neurobiología. Pero son quizá Karl H. Pribram y Meerton M. Gill (véase su libro, ejemplar en ese sentido, *El Proyecto de psicología científica de Freud: una nueva mirada*) quienes ilustran de manera más clara y firme aquello a lo que se dirige esta tendencia, que es la de reinterpretar los conceptos psicoanalíticos asimilándolos a los modelos neurofisiológicos. En su retorno al Freud del *Proyecto*, o más bien en su lectura orientada, selectiva y simplificada de este texto, estos autores anuncian con una franqueza, una ingenuidad y una seguridad apabullantes —las mismas que encontramos expresadas con la misma fuerza tranquila por Owen Resnik defendiendo su corriente intersubjetivista— que su objetivo es

demostrar que «la metapsicología ulterior al *Proyecto* no es psicológica más que en apariencia, porque en el fondo es neuropsicología, habiendo devenido la neurología implícita por contraste con el carácter explícito que toma en el *Proyecto*... que no sólo se contenta con introducir sino que sugiere también la existencia de mecanismos neurobiológicos en conceptos tan capitales como los procesos primario y secundario, el yo, la prueba de realidad, la pulsión y la defensa». Y los autores no dudan en afirmar: «El *Proyecto* contiene una teoría motivacional e invitamos a todos los psicólogos a quienes interesen los procesos cognitivos a reexaminarlo, ya que ese texto es una introducción a la teoría cognitiva y a la neuropsicología contemporáneas». ¡Al menos está claro! Estos autores tienen en común el querer reducir la radical heterogeneidad conceptual, rellenar el hiato irrellenable, entre el abordaje psicoanalítico de la memoria y el del inconsciente y el de otros abordajes.

Conclusión

Al ofrecernos la metáfora de la charca y del pescado cuánticos, los físicos nos han permitido acercarnos a la importancia de la mutación del pensamiento al cual ellos mismos se han encontrado confrontados en microfísica, cuando les ha hecho falta renunciar a una concepción material y localizable del electrón, y aceptar concebirlo como una potencialidad de forma cuya existencia no puede ser accesible más que en el *après-coup* de su transformación por el observador. «La única cosa que conocemos verdaderamente es la irradiación que proviene de la región donde se supone que el átomo debería encontrarse» (Ortoli y Pharabod). Esta bella metáfora podría servir al psicoanalista para dar cuenta de la complejidad de la memoria en el psicoanálisis y del interés de conservar el concepto de huella mnémica en una cierta indeterminación, sin cortocircuitar la reflexión por llamadas a modelos heterogéneos al psicoanálisis, para mantener su estatuto de potencial psíquico cuya existencia no puede resultar objeto de conocimiento más que transformado para la dinámica transferencia/contra-transferencia, en el *après-coup* de la cura. Porque, dice Michel Neyraut, «somos portadores de una memoria que va por delante nuestro, modifica la selección perceptiva que, a su vez, reordena el registro de la memoria».

Pero para preservar la complejidad del abordaje psicoanalítico de la memoria, quizá deberían los psicoanalistas —como los físicos en relación con el

corpúsculo— hacer el duelo de una concepción material de la huella, para que ésta conserve ese potencial procesual cuya concepción en psicoanálisis no puede hacerse al margen de los procesos de rememoración en la cura. Es decir, aceptar afrontar las resistencias narcisistas que encuentra el pensamiento teórico ante lo desconocido, resistencias que se originan en nuestra necesidad de *esquemización en la manipulación de conceptos*, y que se encuentran ligadas a «esta calidad de imposible representación gráfica debido a su nivel intermediario entre hechos biológicos no esquematizables y de hechos psíquicos aún menos esquematizables» (Marty, 1952). Esta apuesta narcisista del pensamiento engendra a menudo una «reacción de destrucción que empuja a eliminar aquello que crea una disonancia en la armonía de las representaciones, cuando no pueden ser elaboradas nuevas construcciones internas capaces de restablecer el orden» (René Diatkine). ¿No es este un movimiento destructor del *pensamiento complejo* en la búsqueda de la esquivada *pena* del pensar que anima «la tendencia a reducir a formas estáticas los conjuntos perpetuamente en movimiento y (conduce) a ser un ingenuo del formalismo de las referencias tópicas» (Marty)? ¿Y no es, *in fine*, una tendencia de esta naturaleza lo que infiltraría la obra de los autores que buscan localizar el psiquismo inconsciente y/o la memoria inconsciente en el cerebro, o la de aquellos que buscan establecer un puente conceptual que permita asimilar los modelos de funcionamiento psíquico a los modelos de la neurobiología?

■ Christian Delourmel

Nota

* Conferencia pronunciada en Gradiva, Associació d'Estudis Psicoanalítics, el viernes 25 de marzo de 2011.